



Algo de “pequeña” historia sobre Tolkien y “El señor de los anillos”

Tolkien señaló que le habría sido más fácil escribir *El señor de los anillos* si *El Silmarillion* hubiese estado ya terminado y publicado. La obra se enmarcaba en una totalidad mayor representada —al menos a nivel de proyecto— precisamente por *El Silmarillion*, que dejó inconclusa. Allí no sólo estaban las bases fundacionales de la Tierra Media en toda su amplitud entitativa (cósmica, vital, histórica y hasta geográfica) sino en cuanto mito y relato. Además, en dicha obra se plasmaría propiamente el viejo sueño; así *El señor de los anillos* presuponía que aquella suerte de Génesis estuviese completamente acabada por coherencia mítica y no sólo narrativa.

Lo anterior permite entender, desde luego, su intención original de publicar *El Silmarillion* y *El señor de los anillos* en conjunto; o, cuando menos, de manera relacionada. Pero también el gigantesco esfuerzo que le significó, durante casi cuarenta años, la elaboración del “segundo hobbit”, como solían llamarlo sus editores. La roca inconclusa debía terminarse in mente para que la construcción no flaquease. En efecto: el libro es extenso, posee una multiplicidad de personajes, matices e historias secundarias, además de geografía, lenguas, costumbres, historiografía y folklore, todo lo cual representa sin duda un trabajo arduo y fatigoso. Pero era y fue el de menos: en cuanto mito, sin que estuviese concluido, mucho más complejo resultó alcanzar la coherencia con el todo.

Por otra parte, estaremos de acuerdo en que el “humano” preexistente en un autor, por magnífico que sea, no escribe solo. Hace falta voluntad. En el caso de Tolkien, a ello debe agregarse su calidad de “hombre ocupado”: esposa, cuatro hijos y trabajo universitario, con su especial agobio de clases y corrección de exámenes. Así, y aparte lo señalado, el avance fue lento y fatigoso, como el de Frodo a la Montaña del Destino. Un airgraph a su hijo Christopher, fechado el 30 de septiembre de 1944 (los primeros dos volúmenes se publicaron en 1954), así lo ilustra: “... tengo esperanzas de enviarte pronto más material: creo que no escribiré más si no fuera por la esperanza de que tú lo vieras”. Al mes siguiente (12 de octubre) vuelve a escribir a Christopher: “Empecé a tratar de escribir nuevamente (¡al estar a punto de empezar el período escolar!) el martes, pero tropecé con un muy grave error de sincronización (uno o dos días), muy importante en esta etapa, en los movimientos de Frodo y los demás, que ha costado trabajo y reflexión y requerirá fatigosas pequeñas alteraciones en muchos capítulos; pero, de cualquier modo, he comenzado el Libro Quinto...”.

Si estas citas llaman la atención, la siguiente sorprende. En una carta a Stanley Unwin (sin fecha, probablemente del 18 de marzo de 1945), se refiere al estado de avance general de *El señor de los anillos*: “... está todavía [pendiente] la gran continuación del ‘Hobbit’; utilizo ‘gran’, me temo, sólo en sentido cuantitativo. En ese sentido, es demasiado ‘grande’ para la presente situación. Pero no puede acortarse o abreviarse. No puedo hacer nada mejor al respecto, a no ser (como es bastante probable) que no sea yo el juez adecuado. Pero no está terminada. Hice un esfuerzo el año pasado por terminarla y fracasé. Tres semanas sin tener nada más que hacer —y primero un poco de descanso y sueño— bastarían quizá. Pero no veo la menor esperanza de disponer de ellas; y sencillamente no es la clase de material que pueda hacerse en los momentos libres”.

Tolkien era un tipo minucioso hasta el extremo. Como buen filólogo, formado en la escuela inglesa, la revisión y los detalles no eran una obsesión sino deber intelectual. *El señor de los anillos* “fue empezado en 1936 y cada una de sus partes fue reescrita muchas veces. No hay palabra casi, en sus 60.000 o más, que no haya sido considerada. Y la ubicación, el tamaño, el estilo y la contribución a la totalidad de los detalles, incidentes y capítulos han sido escrupulosamente meditados”. Consideración individual de 60.000 palabras! Si esto graficara solamente una pro-

Braulio
Fernández Biggs



cupación por el mero aspecto gramatical o sintáctico, ya resultaría un esfuerzo de proporciones. Pero es casi abrumador si nos lo imaginamos como reflejo del esfuerzo mental respecto a lo estrictamente literario. Ni qué decir respecto al mito y la fantasía...

En esta ardua tarea le acompañaron muchas personas, comenzando por su familia. Pero también amigos, entre los que debe destacarse a C.S. Lewis.

Como narra Humphrey Carpenter en su biografía, la relación entre ambos se plasmó en años de compañerismo, caminatas y reuniones los jueves por la noche en las habitaciones de Lewis en Oxford. El afecto que llegaron a prodigarse fue casi la exacta materialización de lo que este último escribiera a propósito de la amistad en *Los cuatro amigos*. Ambos profesores compartieron similar interés por lo místico y su mitología; acostumbraron leerse poesías y escritos personales, como los demás Inklings; y estuvieron de acuerdo en cuestiones profesio-

de su longitud y coste. No existe verdadera división en tres, ni ninguna de sus partes es inteligible por sí sola. La historia se concibió y se escribió como una totalidad y las únicas divisiones naturales son los “libros” I-VI (que originalmente no tenían título).

(...) Antes de concluir este esbozo anecdótico quiero destacar, y también como parte del esfuerzo de Tolkien que no fueron pocos ni menores los intentos por ver, pese a su autor, símbolos o referencias contemporáneas en *El señor de los anillos*. Algunas eran del todo ridículas; otras, posiblemente producto del influjo que sobre Occidente erraron ciertas catástrofes. Como sugirió al principio de esta sección, aunque con otras palabras, “el hombre no estaba para bollos”. Sin embargo, que Sauron fuera Hitler o los Jimetes Negros una sección de la S.S. no resiste análisis; aunque en su época, y para la imitación de Tolkien, comentarios del estilo circularon con fuerza.

Con todo, creo que lecturas como éstas no deben desecharse de buenas a primeras. No, al menos, en cuanto a lo que representan. Me explico: aunque ver en la Comunidad del Anillo un símil de las fuerzas aliadas suena casi delirante (o en la llegada

de Aragorn con la flota de naves al sitio de Gondor el desembarco en Normandía u otra operación semejante), para un lector de posguerra que vivió toda esa catástrofe, que sufrió, perdió amigos y familiares; que experimentó en carne propia el horror y el terror; la referencia, aunque errada, resulta casi inevitable. Pues frente al conjunto de razas distintas que se unen para combatir al enemigo común que pretende dominar el mundo, el sentimiento del ex soldado no puede ser muy distinto del de Samsagaz. Lo que trato de decir es que aunque una posición tal no puede devenir en interpretación literaria —si bien cierta teoría la consideraría válida— resulta perfectamente comprensible: Que un veterano de la RAF con una pierna de menos y medio cráneo de metal gracias al diabólico Hitler y toda su oscura sombra de horrores, sentado un domingo después de almuerzo en el living de su casa, con un ejemplar de *El señor de los anillos* entre las manos, mientras lee los pasajes de la batalla de los Campos de Pelennor mire a cada tanto a la ventana y, por un misterioso efecto “humano”, sea incapaz de ver el jardín y sólo perciba la brutal inmediatez de los recuerdos... en fin, ¡Nosotros hemos vivido una época que está en las antipodas de la debacle que vivió Europa desde 1914!

En suma, y salvada la inexactitud de cualquier comparación y puta el ámbito que sea, ejemplos como éste, por vulgares que puedan parecer a algunos, ¿no son acaso efecto de una obra de arte verdadera? ¿No nos tocan en lo más íntimo de nuestros anhelos y temores, penas y alegrías, despertando lo que somos y hemos vivido? Lo absurdo es convertir esto en regla objetiva, claro está: burlarle la mano a lo que está escrito, hacer de una manzana un limón. Pero si al pobre Fred el veterano la manzana le sabe agria...

Para resumirlo en breve con C.S. Lewis, “No se inventaron estos hechos para que reflejaran ninguna situación particular del mundo real. Fue al revés: los acontecimientos reales empezaron a conformarse, de manera horrible, al modelo que *El* [Tolkien] había inventado libremente”. ¿He aquí un reverso del reencantamiento del mundo?



Publicamos el extracto de un capítulo del ensayo de Braulio Fernández (Ediciones Universidad Católica de Chile) en que contrasta las motivaciones del autor de *El señor de los anillos* con la situación de Europa entre las dos guerras mundiales, y analiza el valor de su obra como expresión de la literatura fantástica.

Como verdadero amigo, Lewis no sólo leyó y escuchó leer del propio Tolkien buena parte de la obra, sino que, objetivamente, tiene el mérito de haberle animado a continuar en momentos en que ya ni él mismo creía en lo que hacía... Es cierto que hacia 1940 sus relaciones se enfriaron, en parte debido a la llegada de Charles Williams a los Inklings y en parte a la creciente reputación de Lewis como apologeta cristiano. En lo que a Lewis refiere, si hay algo que jamás podrá reprochársele con respecto a su colega de Oxford —y, es más, que debería siempre encomiarse, considerando el desarrollo que ambos intelectos tuvieron y la “popularidad” de Lewis— fue su genuino interés por lo que ha llegado hasta nosotros de las reuniones de los Inklings los jueves.

Otro punto que es importante considerar en el proceso creativo de *El señor de los anillos* es el de su división. Conviene recordar que no es una trilogía sino una sola y gran historia. Las tres partes en que se publicó originalmente (las mismas de hoy, con escasísimas excepciones) respondieron sólo a una decisión editorial de la casa Allen & Unwin, económica por cierto, y que a Tolkien nunca satisfizo. En la postdata a una carta a su editor estadounidense Houghton Mifflin Co., fechada el 30 de junio de 1955, y a propósito de un infeliz artículo aparecido en *The New York Review of Books*, Tolkien escribió: “El libro, por supuesto, no es una ‘trilogía’. Eso y los títulos de los volúmenes son un disparate considerado necesario para la publicación por causa

Algo de "pequeña" historia sobre Tolkien y "El señor de los anillos" [artículo] Braulio Fernández Biggs.

Libros y documentos

AUTORÍA

Fernández Biggs, Braulio

FECHA DE PUBLICACIÓN

2003

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Algo de "pequeña" historia sobre Tolkien y "El señor de los anillos" [artículo] Braulio Fernández Biggs. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile